comenzó un impetu y fervor grande de espiritu que me hizo suspender. En este gran recogimiento entendi de nuestro Señor lo que ahora diré: Que dijese á estos Padres Descalzos de su parte que procurasen guardar cuatro cosas, y que mientras las guardasen, siempre iría con más crecimiento esta Religión; y cuando en ellas faltasen, entendiesen iba menoscabada de sus principios. La primera: Que las cabezas estuviesen conformes. Segunda: Que aunque tuviesen muchas casas, en cada una hubiese pocos frailes. Tercera: Que tratasen poco con seglares, y esto para bien de sus almas; Cuarta: Que enseñasen más con obras que con palabras» (1).

Nombrado Visitador General el P. Salazar con grande satisfacción de los Descalzos, significó á la Santa su voluntad de que fuese á Valladolid, donde la esperaba el Ilmo. D. Álvaro y su hermana, Doña Maria, deseosos de verla; pasase después por Salamanca con el fin de comprar á sus monjas casa; y se detuviese luego en Malagón, donde su presencia era por más de un concepto necesaria. Había de examinar aqui el espiritu de una religiosa, llamada Ana de S. Agustín, la cual á la vez que era favorecida de Dios con regalos extraordinarios, perseguiala cruelmente el enemigo con tentaciones tales, que á todos tenía espantados y perplejos. Además, terminado ya el convento que á expensas de Doña Luisa habíase levantado de nueva planta, convenía que la Santa asistiese á la traslación de sus monjas. Pero el principal motivo de su ida á Malagón era que entre la Priora y demás religiosas habían mediado algunos disturbios, ocasionados por falta de discreción en los confesores, y era preciso atajar el mal.

Aunque era muy penoso para nuestra Madre el andar en viajes por su edad y achaques, sin embargo, en mediando algo del servicio de Dios y bien de las almas, no había achaques ni dificultades que la pudieran acobardar. Por eso, avisando al P. Gracián de lo que se trataba, escribe: «Por esa carta verá vuestra paternidad lo que se ordena de la pobre vejezuela.... Yo he escrito al P. Vicario los inconvenientes que hay para ser yo (priora de Malagón) de no poder andar con la comunidad; y en lo demás, que ninguna pena me dará. Iré al cabo del mundo, como sea por obediencia. Antes creo, mientras mayor trabajo fuese, me holgaría más de hacer siquiera alguna cosita por este gran Dios, que tanto debo. En especial creo es más servirle, cuando solo por obediencia se hace...» (1).

A mediados de Junio envióle el P. Salazar el mandato en forma para que hiciera el viaje indicado. Previendo la humildísima Madre con sobrado fundamento, que sus hijas de Valladolid y Medina querrían celebrar con extraordinario regocijo su fausta llegada al cabo de tan larga ausencia, anticipóse á la manifestación más pura y expontánea de los tiernos sentimientos de las fervorosas Carmelitas con una carta dirigida á la Madre Maria Bautista, en que le decia así: «Por caridad me tenga enviada á Medina una carta, que la enviará nuestro Padre Vicario, que es menester verla alli, y dígales que no me hagan ruido de estos sus recibimientos, y á vuestra reverencia pido lo mesmo, que cierto lo digo que me mortifican en lugar de darme contento. Esto es verdad, porque me estoy deshaciendo entre mí de ver cuán sin merecerlo se hace; y mientras más va, más. Miren que no hagan otra cosa, si no me quieren mortificar mucho» (2).

⁽¹⁾ Escrit, de S. Ter, t, 1. p. 171.

⁽¹⁾ Car. CXXXIX.

⁽²⁾ Car. CCXL,

A últimos del dicho mes salió la Santa de Avila acompañada de Ana de S. Bartolomé; y es de creer que al llegar á Medina y Valladolid, sus amantes hijas, no creyéndose obligadas á reprimir los purísimos sentimientos de sus delicados corazones, la recibirían alborozadas con indecibles muestras de gozo y satisfacción. Detúvose en Valladolid hasta el 30 de Julio. Aconteció que la vispera misma de partir, cayó enferma su compañera de viaje con calentura muy recia. Sintiólo mucho nuestra Madre, v suplicó al Señor no consintiera se fuese sin ella. Á eso de media noche entró á visitarla, y le dijo: ¿Duerme, hija?—Dormía, madre, respondió la enferma. Pues levántese y vea cómo se encuentra, añadió la Santa. Hizolo así la obediente carmelita, y echó de ver con asombro que la calentura había desaparecido, y pudo á otro día emprender el viaje. Tocaron en el monasterio de Alba, y en el mes de Agosto ya las encontramos en Salamanca. Aqui tuvo lugar otro prodigio, no menos sorprendente que el referido. Hallábase la Santa abrumada con la multitud de cartas que tenía que escribir, y hablando con Ana de S. Bartolomé, dijo: «Si supiera escribir la hermana, pudiérame ayudar á contestar tantas cartas.» La buena lega que no sabía escribir, y con dificultad podía leer lo impreso, respondió con tanta sinceridad como confianza: Si vuestra reverencia me diera muestra, acaso podría aprender. Entrególe la Santa una carta de cierta monja mas la dócil religiosa pidió le diese de su misma letra para conformarse á ella. Accedió nuestra Madre, y á la tarde pudo aquélla escribir una carta á las monjas de S. José, sirviendo de allí en adelante de amanuense para escribir otras muchas.

Ya se hizo mención, al tratar de la fundación de Salamanca, de lo mucho que á las pobres Carmelitas hizo padecer el descontentadizo Pedro de la Vanda. Por eso guisiera la Santa Madre proporcionarles otra casa, pero el interés maldito, y malos consejeros fueron causa de que un caballero cometiera la bajeza de volverse atrás en la compra de una que les estaba muy bien, y tenían va concertada. Lamentando este contratiempo escribe al P. Gracián, diciendo. «¡Oh mi padre, qué de ellos (trabajos) me cuesta esta casa! y aunque estaba todo acabado, ha hecho el demonio de manera que nos quedemos sin ella, y era la casa que más nos convenía en Salamanca, y al que nos la daba le estaba harto bien. No hay que fiar de estos hijos de Adán; que convidarnos con ella, y ser un caballero de los que aquí dicen que trata más verdad, que su palabra decían á una voz, bastaba por escritura; no solo había dicho palabras, sino dado firma delante de testigos, trajo él mesmo el letrado, y se acabó el concierto. Todos están espantados, sino son otros caballeros que le pusieron en ello, por provechos propios ú de sus parientes; y han podido más que cuantos le ponen en razón; y un hermano que tiene que con harta caridad lo trató con nosotras, y está harto penado. Ello se ha encomendado á nuestro Señor; esto debe de ser lo que más conviene» (1). Al cabo de dos meses y medio salió de Salamanca sin el consuelo de ver á sus pacientísimas hijas en casa acomodada. Llegó á Malagón rendida del camino, y enferma que apenas podía tenerse en pié, el 25 de Noviembre. Preguntando por el tiempo que tardaría en estar habilitada la casa, fuéle respondido que aun había labor para cerca de seis meses: Entonces nuestra Madre, con la fe que traslada montes, asegaró á los oficiales que para la Concepción de nuestra Señora estaría todo terminado. Quedaron estos

⁽t) Carta CCLIII.

haciéndose cruces al oirla, porque no veían cómo, obra de muchos meses, habíase de terminar en menos de quince días. La Santa, sin embargo, no la tuvo por imposible. Desde el día de la predicción sintióse sana y con fuerzas. Levantábase de madrugada, y después de barrer y limpiar la casa, ayudaba en la obra, llevando espuertas de materiales, como lo pudiera hacer un robusto operario. La verdad es que, lo que no se creia factible, vióse por fin realizado, y el día de la Concepción pudieron las Carmelitas pasarse á la casa nueva. Lo estraño es que trasladadas las religiosas al reciente monasterio, tornaron á la Madre Teresa la enfermedad y achaques que tenía, al llegar á Malagón, y hubo por fuerza de hacer cama. «Fué la pasada, escribe al P. Gracián, con mucho regocijo, porque vinieron en procesión, y con el Santísimo Sacramento, que se trajo de la otra (casa). Hanse holgado mucho, que no parecían sino lagartijas que salen en verano» (1).

Grande fué la alegría de la celosa Madre al ver que el espíritu de Ana de S. Agustín, tenido por sospechoso, era de alma santa, y muy querida de Dios, y complacíase al considerar los tesoros de gracias extraordinarias que su Majestad tenia depositadas en aquella humilde y bien probada religiosa.

Esta vez fué cuando la dichosa Ana de S. Agustín vió mientras la procesión una hermosa paloma que revoloteaba alrededor de la cabeza de la Seráfica Madre, como en señal de la asistencia especial que tenía del Espíritu Santo, y de cuán gratas le eran sus obras.

Bien necesitó nuestra Santa de que Dios le diera luces para poner en concierto á las monjas de aquel convento, que andaban revueltas y llenas de inquietudes. Consiguiólo al fin, y en Enero del 1580 pudo ya Desde Malagón partió la Santa á Villanueva de la Jara, donde tuvo lugar la fundación de que hablaremos en el capítulo siguiente.



decir con verdad al P. Doria. «Hállome bien de salud, y en lo que toca á esta casa va todo tan bien, que no me harto de dar gracias á Dios de haber venido, porque en lo espiritual va muy bien, y con mucha paz y contento, y lo temporal se va reparando, que estaba perdido. Sea por todo bendito.

⁽¹⁾ Car. CCLXII.